



1.

2.

Jhon Camilo Rico

Universidad Autónoma de Bucaramanga

Más de cincuenta años de guerra he sufrido en esta zona montañosa de mi país, unos se han ido en busca de libertad, pero terminan volviendo porque las promesas no son ciertas, el dolor y olor de la muerte nos persigue a los que nos quedamos bajo las rocas, en las cuevas escondiéndonos y a los que se fueron a luchar sin saber exactamente por qué y vuelven a buscar sus raíces para terminar sus días.

Apenas era un niño cuando vi por primera vez un cadáver, era don Rafael, el trabajador de la finca de la vereda del al lado. Yo iba para la humilde escuela donde la profesora Toña nos enseñaba a leer, escribir, sumar y restar; ese día todo empezó, me devolví invadido de miedo a la parcela donde mi mamá recogía los tomates y las demás hortalizas para el almuerzo y llorando le conté lo que mi ojos acaban de ver, ella me abrazó y también lloró se puso a gritar llamando a mi papá mientras corríamos a encerrarnos en la humilde casa que ellos habían construido hacía algunos años.

Al poco rato llegó mi padre contando que el país estaba dividido en dos colores, azules y rojos; y que lo mejor era tomar todo lo que tuviéramos para comer, alguna ropa, empacar e irnos a las cavernas de las montañas del sur de la vereda a escondernos.

Allí estuvimos escondidos con algunos familiares y amigos, y una

Seguíamos escuchando escalofrantes historias de una chusma que llegaba a las fincas, amarraba a los hombres a las vigas de las casas, en su presencia violaban a todas las mujeres indiferente de su edad, luego las asesinaban a machete y por último uno a uno decapitaban a los hombres; pero la escena más cruel la protagonizaban los niños de brazos, que eran dejados al lado de los senos de su madre para que siguieran amamantándose del cadáver mientras alguien los encontraba.

En medio del horror no había mucho espacio para el amor. Este encierro también propiciaba las negociaciones endogámicas entre primos o con compadres de los hijos. Sin saber ya teníamos compromisos adquiridos con determinada joven para casarnos y unir las fincas, claro si lográbamos salir de ahí.

Así después de más de cuatro años de encierro, supimos que podíamos volver a nuestras tierras, empezaron saliendo las abuelas con los nietos pequeños, después de unas semanas ellas mandaron razón que si era verdad que podíamos volver y nos fuimos volviendo a la maleza en que se habían convertido aquellas productivas parcelas, que los godos generosamente nos compraban por unos cuantos pesos y empezamos la migración hacia la ciudad, porque sabíamos que a pesar de ese enrarecido ambiente de normalidad mientras el poder estuviera en manos de los mismos, la sentencia seguía vigente.

Nuestra familia se dedicó a la labor más similar al cultivo, el comercio de víveres en la plaza de mercado, con el poco dinero que nos quedó de la venta de nuestras tierras. Pagamos una pieza grande donde dormíamos todos, casi unos encima de otros mientras el

vez por semana los hombres salían en direcciones diferentes a buscar provisiones. Esta situación se mantuvo por más de un año, un año en el que algunos ancianos murieron y los enterramos en el monte, mujeres dieron a luz sus hijos y los pequeños empezábamos a dejar nuestra inocencia de forma acelerada cuando teníamos que mordernos los labios al escuchar las ráfagas de fusiles cerca.

Por periódicos viejos sabíamos que en la ciudad tampoco era que la estuvieran pasando muy bien después del asesinato del caudillo. Las reuniones clandestinas estaban a la orden del día y los abusos de las autoridades no se hacían esperar, como de la bien llamada chusma que saqueó e incendió los principales locales comerciales en busca de beneficio propio, sin que sus acciones tuviesen nada que ver con una motivación política o de protesta frente a las penalidades que estábamos afrontando la mayoría de la población civil.

Yo solo veía cómo los jóvenes amigos de mis hermanos y hasta ellos, cansados por el encierro, en las noches abandonaban las cuevas para enlistarse con los otros liberales que estaban formando un especie de ejército propio en contra de los godos que nos mantenían sentenciados a muerte, excluidos de la sociedad y hasta de la iglesia porque la mayoría de “curas” eran conservadores y se dedicaron a excomulgar liberales y a sus familias.

negocio fue prosperando poco a poco.

A la escuela no volvimos además yo ya casi tenía los quince y debía empezar a producir para colaborar con los gastos, mis hermanas empezaron a trabajar como sirvientas en casas de personas ricas que les pagaban muy poco y si las hacían trabajar desde que amanecía hasta que anohecía. Una a una, fueron volviendo a la casa con la barriga grande, pues los patrones y sus hijos eran abusivos con ellas.

Entre todos logramos comprar un lote y construir una casa para todos donde cada uno se fue arrimando, con sus esposas y sus hijos, mis hermanas fueron consiguiendo maridos camioneros, mecánicos y albañiles. Nos ayudábamos entre todos y la nueva generación ya pudo acceder al estudio; claro bachilleres solo dos porque el resto desertaba, preferían irse para el ejército o empezar a conseguir plata pues la guerra continuaba. La guerrilla jamás se acabó, la fueron cambiando de nombre, vestido y hasta propósitos, el ejército no dejó de matar civiles que vivían en medio del conflicto y que no supieron porque morían y el gobierno siguió agachando la orejas y recibiendo su tajada por debajo de la mesa para no hacer nada, claro que los ricos también fueron tocados por estos grupos, con secuestros y asesinatos disque políticos.

Esto lleva así más de sesenta años y mis nietos y bisnietos todavía no entienden la diferencia entre guerra y paz, porque solo han vivido, escuchado, visto, olido la guerra, y de la paz conocen puros discursos, poemas e historias de papel porque yo desde que me acuerdo se fue y jamás volvió.

FIN.

